

surja de la masa, y pueda como Lincoln. llegar al más alto destino de un país, alzado en los brazos vigorosos de una verdadera democracia. Será el día en que el pueblo piense por sí mismo y se agrupe en un haz de voluntades animadas por un mismo ideal, bien definido, evitando así que los audaces y advenedizos agiten y muevan a las masas a su antojo, y trafiquen con su buena fe. Actualmente los partidos populares chilenos están despedazados, lo que probaría que por encima de la doctrina ha prevalecido la ambición mezquina del clan político. La situación de una clase popular que vive mal, se alimenta peor, y que no sabe pensar, pues no logra encauzar la corriente ideológica de sus anhelos, es sólo comparable a la del enfermo que se está agravando por exceso de medicinas aplicadas a tontas y a locas. Corre, además el peligro de seguir viviendo en el país del patrón y del sirviente, como dice McBride en su interesante libro. Del patrón que lo tiene todo, y del sirviente que no tiene nada, porque no sabe conquistarlo.

El libro de McBride hace meditar seriamente en el futuro de nuestro país. Debían leerlo jóvenes y viejos. Todos los que aman a Chile y desean verlo grande y próspero.—LUIS DURAND.



<https://doi.org/10.29393/At166-84JMPPM10084>

PARACELSE, LE MEDECIN MAUDIT.— Editions N. R. F.—Gallimard. París, por Dr. R. Allendy

La personalidad más compleja y enigmáticas de cuantas cruzan por el vasto escenario de la Historia de la Medicina, enfocada por uno de los más ilustres psicólogos contemporáneos: tal es el doble interés que despierta este libro magnífico que ya debiera estar vertido a nuestro idioma.

Nadie más capacitado que el Dr. René Allendy, psicoa-

nalista de primera fila, sexólogo connotado, autor de numerosas obras sobre «libido» y complejos infantiles—algunas de las cuales han sido editadas ya en Chile—para abordar el magno estudio del discutido y genial fundador de la Medicina Moderna. Pues Teofrasto von Hohemheim, llamado por pseudónimo Paracelso, fué uno de los tres gigantes que en el umbral del Renacimiento, derrumbaron con sus brazos robustos y ardientes el viejo cadáver de la medicina galénica y aristotélica, rejuvenecida un tanto por los árabes: los otros dos fueron, el anatomista Andrés Vesalio y el cirujano Ambrosio Paré.

Es tan múltiple y complicada la personalidad de Paracelso que casi no hay actividad científica que no abarque: alquimista de pura cepa, es el primer terapeuta que manipula con los metales y los incorpora al arte de curar; el azufre, el hidrargirio, el antimonio, el oro, etc., elementos fueron que no sólo sirviéronle para sus trabajos de kábala, sino también para preparar unguentos, píldoras y bálsamos con los cuales curaba a sus enfermos. En cirugía produjo una revolución, predicando un retorno al hipocratismo que aconsejaba dejar actuar a la Naturaleza: («No toquéis las heridas, que ellas curan solas»...). Estudió a fondo las enfermedades de los mineros en Salzburgo, las del cuerpo tiroides en los cantones montañoses de Suiza; manejó por primera vez el láudanum con sin igual maestría; ejercitó la psicoterapia con un profundo dominio de las fuerzas psíquicas.

Llevó la vida errante de todos los grandes elegidos, con algo de terrible y de dramático en su atormentada vida. Sufrió toda clase de persecuciones, participó en las luchas religiosas de la Reforma, al lado de Lutero pero sin grandes convicciones, pues él, como Erasmo y Frobenius estaban más bien por encima de los dos bandos en lucha. En Basilea siendo Profesor de la Universidad hizo un auto de fe simbólico, echando a las llamas la obra fundamental de Galeno, devocionario y Biblia de la Medicina, en la cual habían bebido su

ciencia los médicos durante más de diez siglos. El escándalo producido por este acto de audacia sin igual fué tan grande que Paracelso hubo de abandonar la ciudad oculto como un malhechor, antes de que las Academias, los tribunales y los frailes cayeran sobre él. Fué astrólogo y ocultista. Se le considera el fundador de la Secta de los «Rosacruz», la que recogió toda la tradición y herencia kabalística del paganismo griego y oriental y echó las bases de las sociedades secretas contemporáneas que como la Franc-Masonería han jugado tan activo pàpel en la transformación de la sociedad de la era moderna. Fué amigo de Reyes y de sabios, pero su frecuentación más grata era la de las gentes del hampa, juglares; vagabundos, campesinos e iletrados. No tuvo amores; muerta su madre al nacer él mismo. conservó toda su vida una actitud de lejanía y de respeto invencible—con algo de sentimiento de culpabilidad sin duda—por la mujer. Su sexualidad se sublimó en la ciencia y en la práctica de su arte. En su época se le tuvo por homosexual, pero la historia dice que fué casto absoluto.

Sus libros y tratados que suman casi un centenar, constituyen la obra médica más asombrosa de que haya recuerdos: superior aun al «Corpus Hipocráticum» que es el Evangelio de la Medicina. Están ellos escritos en un lenguaje esotérico, difícilmente comprensible para quien los juzgue con ánimo ligero, pero cargados de sugerencias y de descubrimientos para quienes han sabido traducir sus sutiles claves.

Sus tratados «Paramirum» y «Paragramum» y su libro de aforismos «La Revelación» con la Summa del ocultismo contemporáneo: de ellos se ha extraído casi todo lo que hoy circula sobre teosofía, espiritismo, alquimia y magia.

El Dr. Allendy, borda las más cautivantes y turbadoras hipótesis en torno a la personalidad psicológica de este gran perseguido-perseguidor: habría que citar docenas de páginas para mostrar esta riqueza psicoanalítica del libro. Veamos un

ejemplo, al azar, entre muchos: Paracelso aceptó a pie juntillas la teoría hermética del «homúnculo» o sea del hombre nacido por generación espontánea en una retorta donde se ha colocado sémen masculino y se le ha sometido en seguida a una serie de manipulaciones de biología ocultista. El «homúnculo»—en el cual creyó también Platón—nacido de esta fermentación albuminosa, sería después un ser extraordinario: de esa categoría han sido todos los grandes profetas, conductores de pueblos, los hombres que hacen la Historia, en una palabra. Pues bien, se pregunta Allendy, cómo o por qué este hombre genial pudo aceptar esta teoría tan absurda: sencillamente porque él necesitaba rechazar (refoulement) la idea de la «mujer-madre»; él quería creer que se podía ser hijo sólo de hombre, no pasar por esa etapa del vientre materno, etc. Y lo deseaba así para no manchar la memoria o el culto fetichista de la madre muerta desconocida y para ahogar las ideas de auto-castigo que lo perseguían sintiéndose culpable de su muerte.

Así todo el libro de Allendy está pletórico de anotaciones y atisbos, inapreciables para quienes tengan algunas nociones de «freudismo» y psicoanálisis.

Murió el protagonista en forma trágica y misteriosa en una posada. Nadie podrá establecer jamás la verdad de su muerte: en una reyerta de truhanes, para sus detractores; abatido por fuerzas misteriosas—elementales, incubos, súcubos, etc.—para los ocultistas; asesinado por móviles políticos-religiosos, para muchos historiadores; por sectas enemigas, para otros; por designio de los médicos y farmacéuticos «oficiales» y academistas a quienes arruinaba con su prédica y su ejercicio profesional, para otros todavía. En fin, las hipótesis son múltiples. Murió envuelto en misterio, tal como vivió toda su existencia heroica y errante. No hay otro ejemplar de hombre con quien pueda compararsele: tenía la robustez rabelesiana de los grandes iconoclastas en cuanto a su físico, pero su espíritu estaba

construido de las más finas y sutiles hebras de emociones y afectos.

Fué discípulo de los más grandes iniciados del siglo XIV y fué, a su vez, maestro de los más representativos sabios y príncipes del siglo XV.

A través de é, pasó toda la sabiduría pre-cristiana y hermética, hacia la época contemporánea. Combatió contra el Papado, contra las tiranías de toda clase y contra todas las anquilosis del pensamiento. Fué un reformador genial: más que eso, un revolucionario que predicaba que no debe aceptarse ninguna verdad que no pueda ser demostrada o verificada. La Química moderna es hija suya y la Terapéutica su nieta. Tuvo intuiciones geniales que la Organoterapia, la Endocrinología y la Psiquiatría de nuestros días han venido recién a confirmar.

El libro de Allendy es el mejor de los homenajes a este hombre ejemplar, del cual debe enorgullecerse la Humanidad.
—JUAN MARÍN

HORACIO, por *Alejandro Vicuña*.—Editorial Nascimento.

Hombre de vasta erudición, verdadero humanista dotado de insaciable afán de conocer y de un sentido vivo y activo de la cultura, Alejandro Vicuña se traslada, con las alas del saber y la imaginación, a diferentes épocas y lugares del pasado, a la Roma opulenta y convulsionada de los Césares para ofrecernos una silueta del eminente orador y político que fué Cicerón, o un cuadro de la vida apacible y la poesía bucólica de Horacio, o al ambiente sensual, artístico, inflamado de pasiones y luchas religiosas del Renacimiento, para mostrarnos la vida ascética y dura, el anatema apocalíptico y el martirio despiadado de Savonarola. San Juan Crisóstomo, San Francisco de Sales han hallado en el señor Vicuña un biógrafo documentado, ameno y